

lluvia cayó sobre los sedientos campos. Y así continuó durante una hora. Bajo el turbión espléndido, que golpeaba la tierra y la vegetación con inusitada violencia, la montaña parecía estremecerse con temblor largo y voluptuoso. El suelo que el verano reseco y tostó, empapado ahora y reblandecido, se agrietaba superficialmente y cada grieta, cada poro desobstruído, era como boca abierta con avidez para beber el licor benéfico del riego milagroso.»—M A R I A N O L A T O R R E.

UGARTE EN LA CONCIENCIA DE AMÉRICA

(LOS INTELECTUALES SE DIRIGEN AL GOBIERNO ARGENTINO)

HACE dos meses, un grupo de intelectuales de diversas nacionalidades, encabezados por la excelsa mujer de América, Gabriela Mistral, nos dirigimos al Ministro de Instrucción Pública de la República Argentina, en los siguientes términos:

«París-Madrid, Julio 1932.—Excelentísimo señor Ministro: Los escritores suscritos, sudamericanos, españoles, hispanistas franceses, tienen la honra de elevar a la consideración de S. S. una petición informada en la solidaridad profesional y en el aprecio y el interés común de la cultura latinoamericana.

El Gobierno argentino, con una atención efusiva que le honra, ha creado y mantenido desde hace años un gran premio destinado a recompensar la obra o el conjunto de obras más importantes publicadas por un escritor nacional. Esta recompensa ha sido atribuída con un admirable sentido de selección a los mejores escritores argentinos y el acto de honra gubernativa ha señalado al público de manera particular la obra de sus intelectuales representativos, incitándole con ello a conocerla mejor.

El escritor don Manuel Ugarte no ha recibido esta distinción posiblemente por vivir hace muchos años en Europa.

Los suscritos conocen de cerca la labor ilustre de este compañero en sus amplias ramas de libro y de periódico y han apreciado además en muchas ocasiones su labor leal de propaganda de la cultura argentina en Europa.

En los más diversos géneros, novela, poesía, cuentos, ensayos políticos, Manuel Ugarte ha probado las cualidades literarias que corresponden a un maestro de su raza y a un director de la juventud; su influencia espiritual se extiende a la América Latina entera y la raza ha recibido de él doctrina y consejo en sus asuntos vitales.

Invocando la unidad de la lengua y el interés común de las literaturas nacionales de nuestra América, los suscritos se permiten presentar a S. S. de manera respetuosa y cordial su petición de que El Gran Premio Nacional de Literatura sea concedido en la próxima ocasión a don Manuel Ugarte.

Saludamos a Su Señoría con sentimientos de distinguida consideración: FIRMAS: *Gabriela Mistral; Francis de Miomandre; José Vasconcelos; Francisco García Calderón; Rufino Blanco Fombona; Ramón Pérez de Ayala; Eduardo Santos; Gregorio Martínez Sierra; María de Maetzu; Enrique Díez Canedo; Adolfo de Falgairolle; Max Grillo; Alcides Arguedas; Jean Cassou; A. Hernández Catá; Alberto Insúa; Hugo D. Barbagelata; Manuel Machado; Julio Vicuña Cifuentes; Charles Lesca; Manuel Bueno; Francisco Contreras; Froylán Turcios; A. Ballesteros de Martos; Homero Seris; Edmond de Nerval; Carlos Deambrosis Martins. etc., etc.*

Expofeso, no hemos dado antes a la estampa este documento, para no entorpecer el trámite que debió haber seguido nuestra solicitud; petición que, sin duda, interpreta no tan sólo la opinión pública argentina, sino también el sentir español e hispanoamericano. Estamos convencidos que todos los hombres de pensamiento de América, sin faltar uno solo, se hubieran adherido también a este acto de espléndida confraternidad. Desgraciadamente, tal empresa era difícil llevarla a cabo en poco tiempo, dada las distancias entre nuestros pueblos y la dificultad material para ponerse en comunicación directa con los escritores.

Sea lo que fuera, las firmas transcritas, simbolizan—salvo la del cronista que escribe la presente glosa,— grandes valores en las letras de nuestros respectivos países.

No es un gesto de simpatía privada lo que nos ha movido a elevar este Memorial al Gobierno argentino. Nosotros creemos que era tiempo más que suficiente para rendirle a don Manuel Ugarte, el homenaje público a que es acreedor desde hace tantos años.

Porque, ¿qué es, qué significa en este instante del mundo contemporáneo, el autor de «La Patria Grande»? Sin necesidad de saber, de vaticinar lo que el destino reserva a nuestro porvenir, al porvenir hispanoamericano, no es tarea imposible situar a aquellos que sintetizan ya la cultura total en nuestro Continente.

En momentos se dijera que Ugarte, es el continuador, el realizador del Rodó de *Ariel*. Es como una visión. Pero no es propiamente lo exacto. El inconmensurable artífice uruguayo, dió el toque de alarma, y toda América, inclusive los sordos, oye-

ron la clarinada. Estas señales de Montevideo fueron lanzadas desde la tarima de la cátedra. Y después de este discurso magistral, denso en enseñanza y en optimismo, el maestro pasó a dictar otra lección. La simiente estaba en el surco; más tarde, los discípulos recogerían el fruto opimo.

La revelación de Ugarte como futuro intérprete de la inquietud y de las aspiraciones de su raza, la tuvo allá por el año de 1900, cuando apenas cumplidos los veinte años, realizó su primer viaje a Nueva York. ¡Veinte años! Edad en que el hombre comienza a enfrentarse con la realidad y la químera, a vivir la vida y los sueños...

Nosotros, que en plena mocedad llegamos también a la metrópoli de hierro, atraídos por la «Sirena del Norte», nos imaginamos sin ninguna dificultad, el problema interior de este joven literato rioplatense que llegaba de París, después, de haber publicado en la Ciudad Luz varios libros, y cuyo viaje—como él mismo nos lo afirma en «El Destino de un Continente».

«era exclusivamente de turista curioso, de poeta errante que busca tierras nuevas y paisajes desconocidos.»

Su convicción anti-imperialista, palpada en el corazón de Estados Unidos, desde su primer contacto con la civilización saxoamericana, nació puede decirse, leyendo un libro acerca de la política de ese país, en cuyas páginas encontró citado aquel famoso y atrevido concepto del senador Preston, en 1838:

«La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza.»

Frase histórica y ¡cuán nefasta en su brutal realidad! Gracias a ella, don Manuel Ugarte abrió los ojos a la tragedia de un Continente y se reveló en su espíritu la vocación de apóstol. ¡Su vía estaba encarrilada para siempre!

«¿Era acaso posible dormir en la blanda literatura, cuando se ponía en tela de juicio el porvenir y la existencia misma de nuestro conjunto?»

El crítico ecuatoriano César E. Arroyo, que después de haber escrito una fantasía política sobre Vasconcelos, ha publicado un folleto notable sobre Ugarte, preguntóle en Niza a su ilustre biografiado, en dónde le fué revelado el «peligro formidable» que se plasmaba en torno a la América Española:

«Fué en El Paso, en el lugar fronterizo entre ellos y nosotros. Yo era muy joven; vivía con mis padres en París, rodeado de los halagos de la fortuna; pero eso no podía satisfacer las inquietudes de mi espíritu. Partí para México por la vía de los Estados Unidos, a estudiar el país en sus variados aspectos. Me detuve en la frontera y pude apreciar en toda su magnitud la tragedia del choque de las razas.»

Estamos todavía en 1900 y en Norte América. El cronista elegante, el hacedor de versos, el flamante novelista, el ensayista literario, se despojó de su vestidura de artista, —del gran artista que había y hay en él—, y se entregó alma, cuerpo y bolsillo, al problema neurálgico del Continente. Estudió, compulsó textos y tratados, visitó bibliotecas y archivos, se interesó por todo cuanto atañe y se refiere a la historia política, geográfica, social y económica de los pueblos del norte y del sur, y con una generosidad mesiánica, se propuso ser en adelante el caballero de la Nueva Cruzada, el defensor de oficio y sin soldada de una causa a medio perdida ya.

Cuatro años después, don Manuel Ugarte, asumiendo toda la responsabilidad de su acto, tocó a rebato desde el periódico *La Epoca* de Madrid, en una serie tremenda de estudios de política anti-imperialista, y cuya introducción apareció el 26 de octubre de 1904. Precisamente, en 1929, en ese mes y en ese mismo día, un núcleo de admiradores suyos, conmemoramos sobriamente en Francia *Las Bodas de Plata* de su enhiesta hispanoamericana, y varios fuimos quienes pergeñamos para la prensa de lengua española algunas cuartillas evocadoras de los 25 años de lucha incesante de uno de los más nobles y más desinteresados paladines de nuestra causa.

En este mes de octubre de 1932, hace pues 28 años que don Manuel Ugarte, después de haberse documentado cerca de un lustro, denunció, clamó, gritó la verdad a secas a las veinte naciones de la raza, conquistándose, por supuesto, inmediata y gratuitamente, la mala estrella, el boicoteo, la maldición, los humores y la bilis de los falsos ídolos y de los detentadores de la hora.

28 años justos que este hombre de voluntad de granito, se ha consagrado a defender el patrimonio que nos legaron los libertadores; tres décadas sin desfallecer un solo día, un solo minuto; en seis lustros ha recorrido por su cuenta y riesgo varias veces la América entera, el Norte, el Sur, el Centro, las Antillas, compenetrándola íntimamente, arrancándole los secretos; analizando en cada zona, el conflicto y los incidentes de las razas, predicando siempre la resistencia frente a la absorción.

En el libro «Los Creadores de la Nueva América» (Arguedas, F. García Calderón, Ugarte y Vasconcelos), Benjamín Carrión, otro ecuatoriano, escribía en 1927: «Veinte años rectilíneos, tensos, hacia el ideal... ¿Hay alguien que haya hecho más que él?»

En 1912, en Nueva York, en la célebre Universidad de Columbia, en el mismo anfiteatro que diez años más tarde nos tocó el honor de hablar, el maestro de Buenos Aires, en una conferencia trascendental en español (traducida simultáneamente al inglés), se dirige a la *élite* del pueblo norteamericano haciéndole ver gráficamente, la monstruosidad de la alta finanza de Wall Street amparada por la Casa Blanca.

«Yo no vengo a hablar aquí como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política». «...Admirable país que, ocupado en su labor productora y benéfica, no sabe el uso que está haciendo de su fuerza en las comarcas limítrofes, no sabe que está levantando las más agrias antipatías en el resto del Nuevo Mundo, no sabe la injusticia que se está cometiendo en su nombre, no sabe, en fin, que sin que él lo sospeche, por obra de los políticos expeditivos y ambiciosos, se está abriendo en América una era de hostilidad, un antagonismo inextinguible, cuyas consecuencias tendrán que perjudicarnos a todos.»

Y, ante un auditorio alerta, universitario y atento, el abogado de ochenta millones de almas impugnó con severidad, aunque serenamente, punto por punto, las diversas fases de la política exterior e imperialista de Estados Unidos con respecto a la América Latina, constituyendo su pieza oratoria una de las acusaciones más fuertes, más audaces, más inexorables y más documentadas también que se hayan pronunciado en el grave recinto académico antes los propios adversarios, para pulverizar, rechazar y condenar la acción intromisora, imprudente y abusiva de una potencia extranjera.

A pesar del limitado espacio de que disponemos, no nos resistimos a la tentación de copiar un pasaje de su portentosa disertación neoyorquina de 1912; ¡es pasmosa la actualidad de estos renglones trazados hace veinte años!

«...Pero las heridas y las injurias se multiplicaron. Un espectro de dominación y de despojo empezó a flotar sobre los países indefensos. Varios pueblos sucumbieron. Y la injusticia se ha acentuado de tal suerte, en los últimos

tiempos, que rotos ya los vínculos de antes, nos volvemos hoy hacia los Estados Unidos para gritarles: *«Las mismas injusticias que la Metrópoli cometió con vosotros, las estáis cometiendo ahora con nosotros, que no tenemos más defectos que el que vosotros teníais ayer: EL SER DÉBILES.*

Era la voz de un mensajero de la raza, de su hombre público más representativo, del ciudadano libre, rebelde, que resumía nuestra cultura, nuestros anhelos más legítimos, nuestra propia historia; tenía él toda la autoridad moral de quien no ha aspirado nunca a una prebenda, a cargo cualquiera, y su alforja de prerregrino estaba virgen de toda ayuda oficial o privada, de toda limosna; sus manos no habían firmado ninguna nómina de presupuesto... No era tampoco el político vencido o burlado que rompe lanzas contra el poder consolidador de gobiernos y dispensador de empréstitos. Este embajador extraordinario nada pedía ni nada quería; una sola cosa, sí, exigía, y la exigía con voz de trueno: *la autonomía hispanoamericana; el derecho de disponer de nosotros mismos.*

¿Qué cosa queda de este cuarto de siglo de incesante lucha; de esta batalla contra los elementos, de este choque que no conoció jamás ningún titubeo, ninguna capitulación, ningún pacto, ninguna *transacción*, ningún retroceso ante nada ni ante nadie?

No es la hora de responder aún a esta pregunta inconmensurable; será contestada ciertamente mañana y constituirá materia fervorosa y seductiva para el ensayista del porvenir.

Pero aprovechemos la oportunidad que se nos presenta hoy, para declarar enfáticamente, interpretando acaso los sentimientos de toda nuestra generación que, si por desgracia un día, lejano o no, el Sur fuera conquistado por el Norte, no por ello el prestigio immaculado de Manuel Ugarte sufriría mengua. Él vió el mal, lo examinó a fondo, lo discutió en el laboratorio mismo, determinó el diagnóstico... Se convirtió en el sacerdote de la nueva religión; sacrificó los mejores años de su existencia, su bienestar, su fortuna, su familia, sus más caras inclinaciones literarias... Si los hombres estaban tan engréidos, si fueron tan locos para no escuchar su profecía, no por culpa de los obstinados, de los enceguedidos, de los carniceros y de los traficantes, disminuye la grandeza de su obra y el monu-

mento de su vida. Y si la catástrofe se consumiera íntegramente, los nuevos amos se descubrirían ante el recuerdo del adversario caballeresco, luminoso, intransigente, y que tuvo la santa altivez de no odiar:

«Hubo un hombre aquí, que, sin admitir un instante la derrota de los suyos, ignorándonos hasta el último aliento, abandonado sin estar vencido, se sintió tan grande como nosotros, más grande que nosotros.»

«Y de él, también son estas palabras de oro: *Amigos, siempre; súbditos, jamás.*

Nuestras naciones, nuestros contemporáneos, nuestros sucesores podrán ser ingratos con él; olvidarlo, voltearle la espalda, negarle tres veces; apuñalearle por detrás; hacerlo morir de hambre; o darle el beso de Judas. No por ello, ¡entiéndase bien! dejará de ser, en el tiempo y en el espacio, la figura más diáfana, más abstersiva, más purificante, más redentora de Hispano América. Su sola evocación sirve ya para borrar muchos agravios de hombres y pueblos. Magno ejemplo de desinterés, de sacrificio y de fortaleza. Es la conciencia más alta de un Continente.—CARLOS DEAMBROSIS MARTIN

París, 1932.—Octubre.

EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA

II

LA esencia de un gobierno democrático consiste según la conocida fórmula que define el sistema—en que el gobierno proceda realmente del pueblo; en que sea controlado en su ejercicio por el pueblo, y, finalmente, en que la función de gobierno se ejerza en favor de los intereses del pueblo, o sea de la mayoría. Tres son, en consecuencia, los fundamentos de toda democracia: procedencia, control y finalidad populares. De estos factores los dos primeros sirven de medios para alcanzar el tercero de ellos, o sea la finalidad de tener un gobierno que atienda a los intereses de todos los asociados y no solamente a los del grupo que hace el gobierno o que le rodean inmediatamente.

De estos principios que parecen suficientemente claros derivan algunas conclusiones no menos precisas. En primer lugar,